

Creo que hay una exactitud de  
visión, un contenido de verdad en  
la experiencia sensorial real, más allá  
de opiniones e ideas abstractas

Peter Zumthor, *Pensar en la arquitectura*

Víctor Manuel Ortiz  
Síntesis Creativa

La tarde del miércoles 15 de mayo tuvo lugar, en el auditorio Tania Larrauri de CyAD, la presentación de un libro gordo de Horacio Sánchez: *Arquitectura, la teoría y la práctica*. Para nuestra fortuna, con actos así se recupera, de vez en cuando, el sentido de la Universidad en tanto que casa de las ideas y la palabra. Casa abierta a lo que es su vocación originaria. Los enfoques disímboles de los comentaristas provocaron y estimularon el debate, aunque haya sido sobre un texto que apenas estábamos y estamos conociendo.

# Arquitectura

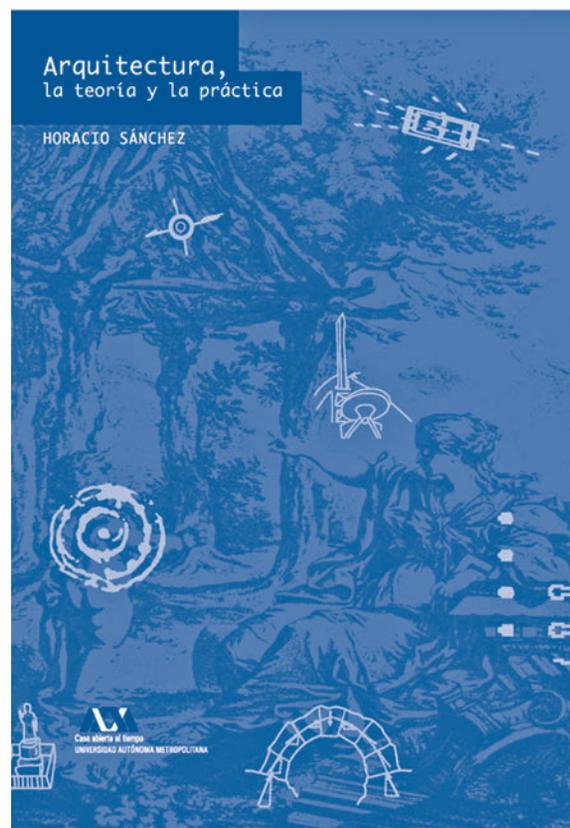
la teoría y la práctica

Un acercamiento

Yo había venido hojeándolo, en los días previos, mientras iba y venía por la ciudad infinita, con cierto esfuerzo físico, toda vez que, como nos informó Carlos González Lobo, con su agudo sentido del humor, el volumen pesa tres kilos. Es pesado, sí, pero además es bello: Alejandro Colín y Esmeralda Ordaz lograron un diseño espléndido de la edición, que ya se parece a un libro acariciable, lo que debería ocurrir siempre, en una División donde existe una carrera de Diseño de la Comunicación Gráfica.

Alberto González Pozo habló acerca de la falta de linealidad, de fragmentación en el orden que guarda el texto a lo largo de sus 14 capítulos. En tal sentido, le comenté a Horacio, a la hora del brindis celebratorio, cuando me acerqué con mi tabique a pedirle su dedicatoria, que a mí me gustan los textos así, con varias puertas de entrada y salida, quizá porque siempre me encantó *Rayuela* de Julio Cortázar, que me deslumbró desde la primera de las luego muchas leídas. Tal manera abierta de armar los discursos, escritos o arquitectónicos, fue encomiada ya desde la aparición de ese libro que significó toda una ruptura en el pensamiento arquitectónico, y que provocó, posteriormente, muchos efectos: *Complejidad y Contradicción en arquitectura*, de Robert Venuri, desde un ahora ya lejano 1972, que fue cuando apareció la primera edición en castellano. Su causa defendía una arquitectura compleja y que aceptara sus contradicciones. Siempre me pareció genial el cambio de pregunta que provoca toda una inversión de sentido y su revolución en consecuencia: *En lugar de ésto o lo otro, ésto y lo otro*. Inclusividad. Mayor complejidad, precisamente. *Opera aperta*, como quisieron en su momento Umberto Eco y Roland Barthes: la obra debe ser siempre abierta para que no muera.

El enfoque del libro en cuestión, por lo que he entendido hasta ahora, me recuerda al que soportó filosóficamente casi toda la obra del noruego Christian Norberg-Schulz, cuyo eje principal fue la búsqueda del significado



Portada del libro  
Arquitectura, la teoría y la práctica.

desde una perspectiva existencial. Para provocar, para estimular el pensamiento, la reflexión crítica, ambos, tanto Christian como Horacio, asumen que la historia es una interpretación y que, para que tenga sentido hacia la arquitectura, para que sirva de ingrediente dialéctico hacia la composición creativa, como el título del libro de Horacio lo enuncia, se requiere de un trabajo constante, de ida y vuelta, entre la teoría y la práctica. Actitud modular, ni más ni menos. Se trata, ambos lo creen así, de producir realidad material; pero, para ello, sostienen, y yo lo comparto plenamente, la necesidad del pensamiento que tiene que ver con la prefiguración. Pensar *también* es realidad. Jorge Volpi, hablando de la literatura, pero es lo mismo para la arquitectura (o para la cocina), lo dice así: "Una vez que las percepciones arriban al cerebro, este órgano húmedo y tenebroso codifica, procesa y a la postre reinventa el mundo."<sup>1</sup>

Desde el principio, hay que decirlo, encontré mis diferencias con Horacio. Ausencias, ganas de que se hubiesen incluido ciertas cosas. Deseo de que algunos referentes sustituyesen a otros. El *otro* libro que uno escribe al leer. Pero, sobre todo, interpretaciones distintas de ciertas lecturas de edificios que, justamente, son consecuencia del atinado tono polémico del ensayo. Por ejemplo, no comparto la satanización que hace de la obra de Frank Gehry. Cuando en el capítulo sobre Las operaciones mentales y el proceso de composición elige a la capilla de Ronchamp para explicar, nos dice que Le Corbusier, con los nuevos materiales, especialmente el concreto, había logrado elaborar una "poética de la ruptura, del contraste y de lo discordante". Y eso es, también, lo que ocurre con el Guggenheim de Bilbao: ruptura, contraste, discordancia. En mi opinión, en los dos edificios, ambos de enorme calidad plásti-



Horacio Sánchez

ca, estamos en los territorios de lo poético. Yo visité Ronchamp en 1980, y certifiqué, para mí, que se cumple lo que Horacio nos cuenta que se propuso el mismo Corbu: crear un lugar de silencio, de oración, de paz y de alegría interior. A Bilbao fui mucho más tarde, apenas en 2006. Pero la conmoción no fue menor que la que me sacudió hasta el tuétano una mañana espléndida de Domingo de Resurrección, con canto gregoriano en vivo, intepretado por los monjes en la colina de Ronchamp. Si en el siglo xx todo cambió, desde el punto de vista tectónico por las presencias fuertes de vidrio, acero y hormigón, ahora estamos frente al fenómeno, impensable hace poquísimos años, de las posibilidades y efectos de la computadora. El Guggenheim es un buen ejemplo de ello. ¿Que qué se va a exponer ahí? Hombre, pues ¿dónde más se puede exponer, a cubierto, la obra monumental y magnífica de alguien como Richard Serra? El edificio es una cate-

<sup>1</sup> Jorge Volpi, *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción*, p. 31

dral laica, y su significado no se puede evaluar, como ocurre con los edificios dedicados al culto, en todas las culturas, con parámetros de una racionalidad directa, producto de la ecuación forma-función. Menos se puede decir, en mi opinión, que se trata de un problema de narcisismo o, peor aún, que lo que explica a Ghery es su gusto por el dinero fácil. Aunque la comparación en el libro se hace entre el museo de Bilbao y el de Álvaro Siza en Santiago de Compostela, el Centro Gallego de Arte Contemporáneo, sostengo que lo pertinente es comparar más bien Ronchamp y Bilbao. Agregó que, para terciar, hubiese sido sensacional la mención, en tal polémica, de mi admirado Jorn Utzon en la Ópera de Sydney.

Todo un caso, que da para un comentario completo, es la deificación que se hace de la obra de Juan O’Gorman. Adelanto, apenas apunto, que el cuestionamiento que hizo el ingeniero Raúl Castro Padilla en 1933, hablando de la obra de don Juan, no obedece a propósitos inconfesables, sino simple y llanamente al pauperismo y fealdad reales de muchas de sus obras de ese tiempo. No deja de ser conmovedor, en este sentido, que la casa en que vivió don Edmundo, hermano de Juan, fuera proyectada por el *Caco* Parra, y que la casa última de O’Gorman mismo, la gruta, negaba ese tiempo de cajitas desnudas, frías y sin gracia. Los niños que iban a tales escuelas, sostengo, hubiesen preferido ir a una como la *Benito Juárez*, proyectada por Carlos Obregón Santacilia, en tiempos de Narciso Bassols. Y qué decir de lo que luego hizo Álvaro Aburto, otro de los tres “funcionalistas radicales”, en Jiquilpan que aunque escenográfico y disneylandesco no deja de tener su encanto, precisamente por su calidez.

Para terminar esta primera reflexión, porque el espacio aquí es corto, y el material casi inagotable, agrego solamente lo que esa misma

tarde, en el auditorio quise decir en público, y dije mal: que así como se utilizan ejemplos de la obra de los mexicanos Juan O’Gorman y de Enrique del Moral, valdría la pena una reflexión de Horacio sobre las arquitecturas vernáculas, sobre todo porque estamos en un país multicultural, y porque la conciencia de tal ingrediente no puede ser ignorada desde la llamada de atención del levantamiento zapatista de 1994. En la UAM Xochimilco se nos ha olvidado tal parteaguas que es, estoy convencido, insoslayable en un modelo académico como el nuestro. •

